

¿UNA PROVOCACIÓN PARA UNA PENSADORA LIBERAL?

Como respuesta al artículo de Nicky Hart, quisiera comenzar con un apunte de las discrepancias entre lo escrito en mi libro, *Between Sex and Power: Family in the World, 1900-2000*, y sus afirmaciones acerca del mismo. Unas discrepancias tan extensas que resulta difícil de creer que le haya dedicado una lectura muy seria. Seguidamente, muestro algunos ejemplos de la distancia entre mis argumentos y su modo de reproducir los mismos:

1. Hart señala que yo describo el sudeste asiático como una región marcada por «una mezcla de prácticas y de valores culturales formados a partir de las experiencias de la esclavitud, la deportación, la conquista y la colonización». En realidad, lo que yo escribí no guarda la más remota relación con esto. Mi caracterización del sudeste asiático es la siguiente: «En general, se trataba de un área tolerante en la que el patriarcado se mostraba menos duro que en el núcleo de las civilizaciones asiáticas [...]. El budismo imprimió las reglas familiares en tal relajado clima de informalidad y de mundana despreocupación [...]. Los aspectos rígidos del islam fueron suavizados por la [...] costumbre Malay. El cristianismo [...] también tuvo que adaptarse a los usos malayos»¹.
2. En opinión de Hart, mi libro «ni siquiera intenta explorar el terreno tradicional de la sociología analizando [...] la prolongación de la importancia de la familia en la socialización de los niños». A pesar de que la socialización de los niños no es su principal foco de interés, ni mucho menos mi libro ignora esta cuestión. Cabría preguntar a Nicky Hart en qué otro libro pueden encontrarse los datos comparativos espaciales e históricos acerca de niños criados por dos progenitores, un progenitor o ninguno que se facilitan en las tablas que aparecen en sucesivas páginas del libro².
3. En él explico mi interés en el poder de los padres sobre los hijos y particularmente sobre las hijas, e incluyo la «específica discriminación intrafamiliar de las hijas, desde el infanticidio o la malnutrición y la desatención,

¹ Göran THERBORN, *Between Sex and Power: Family in the World*, Londres, 2004, pp. 51-52.

² *Ibid.* Tables 5.11 y 5.17.

al desheredamiento»; así como en el poder de los maridos sobre las esposas y en «los especiales sacrificios exigidos a las mujeres por razones sexuales masculinas, como el vendaje de los pies de las niñas en la China imperial [...] o la mutilación genital»³. En su versión del libro, Hart traduce este interés al señalar: «Therborn descarta la inclusión del estudio de la igualdad de género en la historia comparada de la familia». Lo cierto es que la desigualdad de género, en mi opinión, es más amplia que el patriarcado y muestro que persiste incluso una vez establecidas normas igualitarias para regular la familia y la paternidad.

4. El resultado de mis investigaciones me lleva reiteradamente a la conclusión de que en Europa «la proletarización decimonónica [...] y la acelerada urbanización habían trastocado hondamente el orden sociosexual»; «el inicio de la era europea del control de la natalidad parece haber venido determinado por la crisis financiera de 1873 y por el periodo de depresión que sucedió a la misma. El célebre juicio a raíz del uso de anticonceptivos celebrado en Inglaterra en 1877, divulgado por una emergente prensa de difusión masiva y vinculado a la expansión en Europa del movimiento obrero marxista, ayudó en gran medida a este fenómeno»; «desde un punto de vista estructural, la oleada de desmantelamiento del patriarcado y de postergación del matrimonio experimentada a partir de 1968, se sostuvo gracias a la evolución del mercado de trabajo posindustrial en el mundo rico [...] y, de manera mucho más tímida e indirecta, por la expansión del trabajo femenino en la industria textil y en la electrónica tanto en Asia como en otros lugares del Tercer Mundo»⁴. En el análisis de Hart, yo ignoro «el papel que han desempeñado en el proceso de disolución de los modelos de vida premoderna cambios sociales y económicos más amplios», y renuncio «a la oportunidad de teorizar la relación entre la familia –esto es, el marco institucionalizado para la procreación– y el campo más extenso de la economía y de la organización política».
5. En la realización de mi estudio, he optado por una dirección opuesta a las ampulosas tesis sobre el final de la familia y del matrimonio y, en este sentido, sitúo en una perspectiva histórica los cambios recientes acaecidos en los modelos maritales vigentes en Europa, y hago hincapié en el carácter marcadamente inusitado del periodo tradicional de referencia comprendido entre las décadas de 1950 y 1970. En el libro, esto se expresa del siguiente modo: «El giro fue súbito y espectacular. El segmento de personas nacidas durante la década de 1930 y en los primeros años de la década siguiente –en Italia, la generación de 1955–, constituye la generación de la Europa moderna en la que se celebró un mayor número de matrimonios [...], así como la generación en que se registraron los matrimonios más duraderos [...]. Sin embargo, el segmento de población sueca que nació después de 1955 presenta las tasas de matrimonio más bajas

³ *Ibid.*, p. 8.

⁴ *Ibid.*, pp. 301 y 305.

registradas en el país [...]. Esto mismo puede aplicarse a otros países respecto a los segmentos de población nacida a partir de la década de 1960⁵. En opinión de Hart, esto es nada menos que una afirmación de «rasgos inmemoriales de un ciclo muy dilatado en el tiempo y que ha estado operando en Europa durante los últimos quinientos años».

6. Después de describir las sociedades pospatriarcales, aunque todavía desiguales en cuanto al género, de Europa y de las dos Américas, observo que la familia occidental europea está regresando a su «histórica complejidad moderna» –que «por supuesto, incluye una serie de formas nuevas o anteriormente extrañas o marginales»– ante la estandarización de su modelo industrial de mediados del siglo xx⁶. Esto brinda a Hart la oportunidad de escribir: «Su énfasis en que las cosas no han cambiado de manera tan radical, ni siquiera en Occidente [...], pasa por alto las enormes diferencias de género existentes entre ambas épocas».
7. En mi narración de la enorme inversión realizada por la China comunista en materia de libertad para contraer matrimonio y para divorciarse, o del esfuerzo en la reforma radical de la familia volcado por las autoridades de ocupación estadounidenses en Japón (que se contradecían con las políticas de los Aliados en Alemania), documento la lenta implementación efectiva de estos cambios legislativos a lo largo de sucesivas generaciones. A pesar de mis esfuerzos, en la crítica de Hart debo leer que «Therborn parece no confiar en el papel de la acción humana en la progresiva erradicación de la moralidad premoderna». Y, seguidamente, ella pasa a explicar su concepto de acción humana: «Por ende, tampoco puede creer en el papel preeminente que las relaciones sociales capitalistas han desempeñado necesariamente en el asentamiento gradual de las bases que han permitido la paulatina disminución de las formas tradicionales de dominación moral». A tenor de esta lógica invertida, no es ningún tipo de acción política consciente, sino la mercantilización –apuntillada con las «ideologías liberales»– lo que se convierte en la expresión más fuerte de la acción humana en lugar de constituir un guión socio-estructural con una relación indeterminada con la acción humana sus contingencias, tal como parece sugerir el sentido común.
8. Hart otorga una importancia trascendental a la conceptualización del patriarcado. *Between Sex and Power* trata este concepto como algo que debe ser explicado y no como una fuerza explicativa en sí misma; lo que por supuesto también puede hacerse. En aras a allanar la tarea, mi *explanandum* se limita a la dominación masculina en la familia y en las relaciones de parentesco. Esta utilización del término se aleja de gran parte de la práctica feminista, pero en las discusiones intelectuales no se abren batallas acerca de definiciones cuando las mismas son explícitas y su aplicación es coherente. En mi opi-

⁵ *Ibid.*, p. 194.

⁶ *Ibid.*, p. 314.

nión, no tiene sentido emprender una discusión con alguien que preferiría llamar patriarcado a algo que yo trato como otras formas de desigualdad de género. No obstante, concentrar los esfuerzos en la tarea de explicar los cambios y las inercias habidas en la familia patriarcal no significa buscar explicaciones únicamente en el seno de la familia. Por el contrario, el libro termina señalando que «los sistemas familiares no parecen poseer una dinámica intrínseca, ya que sus cambios son exógenos, se producen desde fuera»⁷.

Sin embargo, Hart ignora esta conceptualización sencilla y directa, y se enzarza con una ficción creada por ella misma: «La definición del patriarcado no puede circunscribirse a una concepción moderna de la familia como una corporación privada. Asumir que la frontera entre lo público y lo privado puede trazarse con cierta precisión revela una tendencia eurocéntrica en el enfoque de Therborn». La idea de «corporación privada» y de la «frontera entre lo público y lo privado» son fruto de la imaginación de Hart. Basta con llegar a la segunda página del libro para darse cuenta de ello. Allí puede leerse lo siguiente:

La privacidad de la vida familiar siempre ha estado relacionada con la autoridad societal a través de derechos y deberes institucionalizados prescritos y proscritos por organismos religiosos organizados, y sostenidos o autorizados por autoridades políticas o directamente por la legislación estatal. Pero las conexiones pueden ser distantes y / o sutiles, y en su mayor parte se encuentran perdidas en los laberintos de las estructuras de poder familiar individual o modificadas por costumbres locales o provinciales. Una visión global de la familia tendrá que captar parte de la diversidad en la que existen estos poderosos cánones de autoridad⁸.

Hart acaba su cuento con un reportaje del periódico que, lejos de contradecir, ilustra algunos de los argumentos expuestos en mi libro. Para comprobarlo, basta comparar el reportaje publicado en *The Guardian* citado por ella misma con la parte del libro en la que examino la situación en Asia meridional, donde señalo que «el entretrejimiento del patriarcado y la misoginia con la casta y la religión a través de ritos y de reglas sobre la contaminación y la pureza proporcionan a la dominación masculina un profundo anclaje social, en gran parte fuera del alcance de la burocracia secular y de su discurso en torno a la igualdad de derechos», o en África, donde observo que «en las áreas rurales, la autoridad tradicional –los jefes– es el pilar más importante del patriarcado»⁹.

¿Una explicación posible?

Resulta difícil de comprender cómo alguien puede haber llegado a una versión tan distorsionada de lo que a fin de cuentas no es sino una inves-

⁷ *Ibid.*, p. 297.

⁸ *Ibid.*, p. 2.

⁹ *Ibid.*, pp. 112, 118.

tigación empírica histórica. Naturalmente, no puedo emitir una respuesta definitiva sobre las razones que han llevado a Hart a malinterpretar mi libro de manera tan absoluta. Pero si tuviera que avanzar una hipótesis, me aventuraría a decir que en su crítica del libro se combinan un planteamiento excesivamente económico del conocimiento con una interpretación apasionadamente liberal de la historia remachada con una pertinaz dosis de anticomunismo procedente de la Guerra Fría. Con la expresión «un planteamiento económico del conocimiento», me refiero a una minimización del esfuerzo cognitivo. El aspecto más sorprendente de la crítica de mi libro descansa en que su autora parece no abrigar el más mínimo interés por aprender algo sobre el mundo al margen de Europa occidental –ni siquiera de América del Norte, por no mencionar el resto de regiones de la tierra que se examinan detalladamente en el libro– o, incluso, sobre la propia historia de esa región. En sus comentarios no se percibe un atisbo de sensibilidad comparativa. Hart siempre ha sabido todo lo que quería saber. Lo único a lo que podría estar dispuesta a prestar atención sería a una «cuestión teórica sólida» mediante una única tesis «de síntesis».

Por otro lado, cuando señalo que Hart sostiene una interpretación liberal de la historia me estoy refiriendo a lo siguiente. Hart se siente indignada ante mi definición de patriarcado, pero a primera vista no resulta fácil entender por qué, ya que su queja se refiere a una lectura que es casi contraria a lo que yo planteo. Sin embargo, una posible razón –únicamente se trata de una suposición– puede ser ésta. Al tomar como mi objeto de exposición el patriarcado en tanto que articulación de la autoridad en la estructura familiar, he posibilitado investigar su relación con diferentes sistemas sociales, económicos y políticos. Esto implica que debe tenerse en cuenta la posibilidad de que el patriarcado pueda coexistir con una «continua penetración del capitalismo urbano industrial», incluso que bajo ciertas condiciones ambos sistemas puedan apoyarse mutuamente. En ese caso, esto podría levantar alguna sombra de duda sobre la convicción básica de Hart de que el único camino para conseguir la erradicación «auténtica y duradera» de las prácticas patriarcales ha sido la «penetración progresiva de la vida social por la forma mercancía conjuntamente, y en conexión, con la formulación de las ideologías liberales». Puesto que es evidente su ferviente creencia en el benéfico progreso brindado por la mercantilización y el liberalismo, no puede aceptar la realidad de que el patriarcado no es, por definición, exclusivamente precapitalista. Por ende, su paciencia se agota con análisis comparativos de contingencias históricas y de muestras efectivas de acción política. La «forma mercancía» y los ideólogos liberales ejercen todas las funciones necesarias. Es este apego a la doctrina liberal lo que parece estar en la raíz de su crítica. El anticomunismo con el que se cierra el nudo, con reminiscencias del de la década de 1950, es sólo una inyección extra de adrenalina. Naturalmente, hubiera preferido una discusión más considerada de mi libro. Pero en cierto modo tal vez sea alentador que una afanosa investigación empírica pueda provocar a la complacencia que caracteriza a la ideología prevaleciente.